

III

OTRO día volví á Portici. De aquí pasé á Resina, que está edificada sobre Herculano. En Resina me proporcioné «una vetura,» y emprendí la ascension del Vesubio. Las fértiles laderas fueron haciéndose mas y mas estériles á medida que avanzaba el carruaje, hasta llegar á un punto donde toda vegetacion murió, y no se veian por todas partes mas que inmensos hacinados de lava.

Aquellos negros hacinados, formados por chorros de materias hirvientes, que como rios de fuego se han derramado del cráter, endurecidos ahora, parecen montañas de enormes serpientes negras y retorcidas.

Sobre los campos cubiertos de lava, véense acá y allá salir los tejados de algunas casas, ó las cúpulas de algunas iglesias, únicos restos visibles de poblaciones enteras que han sido sumergidas debajo de estas materias inflamadas en las grandes erupciones. Bajo la costra endurecida de la lava se conserva el calor tan acentuado todavía, que es casi fuego; en algunas cuevas que los «ciceroni» muestran, mírase todavía la lava encendida, como ascua prodigiosa. Son los restos del fuego de la última erupcion de 70.

Subí en coche toda la montaña hasta llegar á la Ermita, que es un edificio de madera donde hay un observatorio, una biblioteca y una oficina de telégrafo. Hay allí un vigía encargado de observar el volcán noche y dia, el cual conoce perfectamente cuando el Vesubio va á entrar en erupcion. Tan luego como descubre estos signos alarmantes, telegrafía la noticia á las poblaciones que se encuentran asentadas á la falda de la montaña; con lo cual todos los habitantes de ellas se ponen en salvo con la parte mas manual de sus intereses.

Pasado el peligro, los habitantes vuelven á sus respectivos lugares, donde viven como viajeros, esperando siempre que se les comunique la orden de marcha. La lava del Vesubio tiene la virtud de fecundizar admirablemente la tierra que cubre, aunque pasado algun tiempo; y el amor á estas tierras fértiles es lo que determina á los habitantes de los lugares vecinos á no abandonarlos. Muchas veces sucede que los campesinos incrédulos no aprovechan el aviso del telegrafista de la Ermita, de donde resulta que no se apresuran á huir, y perecen cuando la erupcion llega. Lo mismo suele acontecer á los que, demasiado apegados á sus intereses, no quieren partir antes de haber puesto en salvo todas y cada una de las cosas que poseen. Esto fué lo que aconteció á los habitantes de Pompeya, de los cuales se salvó la mayor parte; no habiendo perecido sino los avarientos, que á pesar del peligro, determinaron quedar en la ciudad para procurar llevarse consigo sus riquezas.

En la Ermita descendí del coche, y conducido por un «cicerone,» emprendí á pié la parte del camino que me faltaba. Para sobrellevar las fatigas de la travesía, tuve buen cuidado de llevar conmigo una botella de «lacryma Christi,» que me vendió un hombre que se dice solitario y que no es mas que un fondista y comerciante al menudeo.

La Ermita está muy distante todavía de la cima del monte. Hay que atravesar primeramente una especie de llanura que se extiende entre ella y el Cono, y esta travesía es muy larga y molesta, pues la lava ya pulverizada presenta una superficie movediza donde se hunde la planta. Rendido de fatiga llegué al pié del cono, y me fué preciso tomar allí largo descanso. Dos maneras hay de subir el Cono cómodamente: en litera llevada por cuatro hombres, ó bien estirado por delante y empujado por detrás por dos conductores. La primera manera es la mejor, pero sobre costar mucho, es empleada solamente por las mujeres muy débiles y por los enfermos. La segunda es mas fatigosa, y las personas que la emplean presentan un triste aspecto, que

da mucho que reír á los conductores, pues los viajeros ayudados de este modo parecen muebles ó cuerpos inanimados. Me resolví por consiguiente á subir por mi pié sin ayuda de nadie.

Los flancos del Cono son de tal suerte empinados, que es preciso caminar por ellos con el cuerpo echado hácia adelante, hasta el grado de tocar casi con las manos el piso. A esto hay que agregar que la lava está aquí de tal suerte pulverizada, que es como menuda arena, de donde resulta que el pié se hunde y resbala, y que se avanza en cada paso insignificante distancia.

Mucho tiempo tardé para llegar á la cima, y preciso me fué detenerme mil veces á tomar aliento, pues las fuerzas me abandonaban con harta frecuencia. Exhausto y desfallecido llegué al término de mi ascension. Pero no me arrepentí de haberla hecho, á pesar de mi indecible fatiga.

Por todas partes hay pequeñas bocas abiertas allá arriba, por donde salen silbando columnitas de humo que derraman un insoportable olor de azufre. El piso está ardiendo como si fuera un horno. Las suelas de mi calzado quedaron totalmente quemadas, como si hubiera yo andado sobre brasas. Mi «cicerone» levantó una piedrecita, y encendió su cigarro en otra piedra que quedó descubierta y que parecia estar apagada. Yo, imitando su ejemplo, metí mi baston de madera blanca en aquel agujero, y al punto la madera ardió y levantó llamas por todas partes.

Me llegué al cráter y lo contemplé durante largo espacio de tiempo. Su diámetro es muy grande. Las enormes piedras picudas y tajadas á pico que tiene en contorno, están pintorescamente teñidas de mil colores, por el azufre. Gigantescas columnas de humo se escapan de las entrañas del coloso. Mas adentro no se mira sino enorme oscurísimo agujero. Un olor insorpotable de azufre corta la respiracion, y causa vivos accesos de tos. ¿Cómo describir aquel espectáculo grande, imponente, majestuoso, divino? Inmenso pánico se apodera del corazon al considerar aquella abierta negra boca, humeante y si-

lenciosa. Bien se concibe que los paganos hayan creído ver aquí la boca del infierno. ¡Ah! no es nada el hombre. Miserable insecto que tiembla en presencia de las grandes obras de la naturaleza. Hace poco un inglés, queriendo bajar por las peñas del cráter, perdió pisada y se precipitó en el abismo. Ni un golpe se oyó, ni un lamento. Los que le vieron caer permanecieron inmóviles. Nadie pudo ni pretendió auxiliarlo. El hombre allí era impotente á pesar de ser el rey de lo creado. Horroriza pensar lo que seria de aquel pobre inglés, despeñado en las entrañas de fuego del gigante. De su cadáver no ha de haber quedado rastro en aquella inmensa ebullicion de materias incandescentes. El hombre se anonadó perdido en aquel horrible océano de lumbre.

La ascension al Vesubio no es solamente interesante por la contemplacion del cráter, sino tambien por la del hermosísimo panorama que desde la altura se descubre. El Mediterráneo se extiende al occidente, y va á confundirse allá á lo lejos su tranquila superficie con la del cielo; mas acá, y á los piés de la montaña, se domina el pintoresco golfo en toda su extension, desde el promontorio Campanella hasta el Miseno, y se miran á la orilla de la tierra asentadas las poéticas poblaciones que parecen sumergir las plantas en las aguas. A lo lejos se mira Sorrento, esa mansion encantada que engendra poetas, porque está impregnada de poesía. Al pié del volcán, y al sur, se mira Pompeya, con sus calles solitarias y sus casas en pié, como vasta necrópolis de un pueblo muerto. El sol que toca á su ocaso, hace del mar inmenso piélagos de lumbre, con los rojizos reflejos de su auréola. El globo de fuego del astro del dia, se mira á mitad oculto entre las aguas, como si fuera á apagarse en las frias ondas, á manera de una ascua gigantesca.

IV

MI postrera excursion durante mi permanencia en Nápoles, fué á la «gruta azul» de la isla de Capri, y á Sorrento. La «gruta azul» tiene una entrada muy estrecha, y los barqueros necesitan aguardar el momento propicio para hacer penetrar el bote por ella. Es preciso bajar la cabeza para no chocar contra la roca; pero una vez franqueado este paso, se entra en la gruta, cuya bóveda es elevada. Al principio nada se distingue, y negra oscuridad reina en contorno; pero pasados algunos instantes, se ven distintamente todos los objetos coloreados de un hermoso azul, á merced de dulce luz que por la entrada penetra. Las aguas clarísimas, las rocas, las estalactitas que cuelgan acá y allá en formas caprichosas, la misma barca y el barquero, todo estaba teñido de esta tinta suave, y me parecía aquel cuadro la vision fantástica de un sueño.

Salí de la gruta sin dificultad, cosa no muy general, pues cuando hay marejada las barcas tienen que permanecer dentro de la gruta hasta que la mar se tranquiliza, porque la entrada queda obstruida totalmente por las olas embravecidas.

No visité la isla de Capri, donde vivió entregado á los mas locos desórdenes el mónstruo Tiberio, y donde pereció sofocado entre las almohadas de su lecho. Quería llegar á Sorrento, y el dia iba ya muy avanzado.

Surcando la superficie azul del mar tranquilo, llegué en breve espacio á mi destino, porque el viento nos era favorable, y la blanca vela del botecillo iba hinchada, y las jarcias tendidas.

A la mitad del dia llegué á Sorrento. No sin emocion pisé las playas de su golfo, y me parecía sueño pisarlas. ¡Cuántas veces habia

deseado visitar esta tierra encantada, jardin suspendido sobre una altura á la orilla del mas hermoso de los mares! Si; mi imaginacion conocia ya estos sitios que más pertenecen al mundo de las ilusiones que al de la realidad.

Cruzo sus calles, y todo lo hallo admirable. La ciudad, en verdad, es pequeña, y no tiene mas que nueve mil habitantes; pero todo en ella es risueño y poético. Las montañas exuberantes de vegetacion que se alzan á la espalda, las elegantes casitas rodeadas de huertas y jardines, la vista del mar cuyas olas juguetonas se estrellan en la playa levantando blancos plumajes de ruidosa espuma, el sol brillante y alegre que derrama una luz suavísima, el cielo azul puro y sereno, el aire embalsamado que sopla llevando en sus alas el aroma de las florestas; todo es bello hasta lo sublime, y contribuye para despertar en el pensamiento el amor por lo ideal y lo poético.

Llego al hotel del Tasso, y pregunto por las habitaciones del gran poeta.

—Nada queda de ellas,—se me contesta;—la casa de Torquato se levantó en este sitio, pero ha sido convertida en hotel desde hace años.

¡Atroz profanacion de un lugar santo! Así es como el vil interes del lucro defrauda á la humanidad sus mejores prendas, y las que mas ama, como son las cosas que á los génios pertenecieron y que están impregnadas de su pensamiento. Sorrento es el Tasso; y si los rastros del Tasso son borrados de aquí, es que Sorrento no comprende que esos rastros son los mejores timbres de su gloria.

En la plaza principal de la ciudad hay miserable estatua levantada al gran poeta. Es el único monumento que su patria ha podido dedicarle. Pero la humanidad, mas justa que Sorrento, venera la memoria del Tasso, y escribe el nombre de Torquato al lado de los de Homero y Virgilio. ¡Por fortuna es el mundo la patria de los genios!

Un recuerdo tambien vino á cruzar por mi mente durante el tiempo que permanecí en Sorrento: el recuerdo de otro poeta no menos

grande que el Tasso, del poeta de las melancolías y de las ternuras, de Lamartine, alma bellísima, grande, pura y diáfana como el espacio azul de los cielos. Recordé sus amores, pensé en Graziella; y lleno mi corazón de estas memorias, bajé á la playa por ver si podía encontrar la tumba de la enamorada doncella á quien su amor al poeta cortó el hilo de la vida. Y buscaba yo al pié de los naranjos, apartando el musgo con mis manos, por si fuera posible que allí estuviese la sepultura de la nieta del pescador de Prócida. Y repetía mentalmente los inimitables versos que Lamartine escribió sobre este asunto, con el título de «Le premier Regret:»

Sur la plage sonore où la mer de Sorrente
Déroule ses flots bleus au pied de l'oranger,
Il est, près du sentier, sous la haie odorante,
Une pierre petite, étroite, indifférente,
Aux pieds distraits de l'étranger.

La giroflée y cache un seul nom sous ses gerbes,
Un nom que nul écho n'a jamais répété!
Quelquefois cependant le passant arrêté,
Lisant le nom et la date en écartant les herbes,
Et sentant dans ses yeux quelques larmes courir,
Dit: «Elle avait seize ans! C'est bientôt pour mourir!»

CAPITULO II

EL MEDITERRÁNEO.

Enero 9. 1873.

DESDE mi salida de Paris, me habia acompañado con un joven chileno, Demetrio Lasso Errázuriz, excelente amigo mio con quien bien pronto me ligaron vínculos de cariño y aprecio destinados á no desatarse nunca. El quería viajar por la Tierra-Santa, como yo, y juntos llegamos á Nápoles con este pensamiento. Pero al acercarse el tiempo de la partida, Demetrio desistió de su empeño por el delicado estado en que por entonces se hallaba su salud; y me ví precisado á emprender solo, este largo y azaroso camino.

Llegó el día nueve de Enero en que debia embarcarme para Oriente. Tomé un billete de ida y vuelta de Nápoles á Alejandría, en uno de los vapores de la compañía Rubattino de Génova, llamado «Egitto.» Mi amigo Lasso Errázuriz vino á acompañarme hasta á bordo, y allí nos despedimos, no sin gran sentimiento, confiando en que volveríamos á vernos en Nápoles dentro de pocos meses.

A la una de la tarde se puso el buque en movimiento. El día estaba tristísimo, el cielo nublado, y fría la atmósfera. Alguna que otra gota de agua sutil y acompasada, se desprendía de las nubes ce-